

MANUEL BARRIOS AGUILERA

FALSARIOS DE NOVELA  
Sobre historia y literatura

GRANADA  
2016

© MANUEL BARRIOS AGUILERA.  
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.  
ISBN: 978-84-338-5852-8  
Depósito legal: GR/164-2016.  
Edita: Editorial Universidad de Granada.  
Campus Universitario de Cartuja. Granada.  
Maquetación: CMD. Granada.  
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea.  
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

“Por eso le he dicho, al principio, que de las funciones del crítico: informar, juzgar y explicar, es esta última la que me parece más importante”.

André Maurois, *Diálogos vivos*

## PRÓLOGO

*Amén de amigo, el profesor Manuel Barrios Aguilera es maestro intelectual de mi generación. Lo recuerdo, en tanto que estudiante, impartiendo magisterio de Historia Moderna a mitad de los años setenta en el Hospital Real granadino cuando este venerable edificio renacentista, entonces en el tránsito entre haber sido con anterioridad centro psiquiátrico y ser habilitado más adelante como rectorado de la universidad, albergó por breve tiempo ciertos cursos de la Facultad de Filosofía y Letras. Yo era uno de esos estudiantes, nada escasos, conjurados contra el franquismo, lo que ocupaba mucho de mi tiempo. Para mayor dificultad estaba muy empeñado en organizar una “universidad paralela” que como eje central cuestionase la función profesoral, bastante poco crítica a la sazón. Pero, don Manuel era una excepción: asistía con deleite a sus clases, y a través de él me inficioné de la cuestión morisca. Manuel Barrios siempre tenía algo interesante que contar. La problemática de los moriscos, percibida a través de él, por lo demás nos ponía al auditorio en relación directa con el núcleo duro de la historia regional y nacional. Desde luego yo no era de aquéllos ilusos que pensaban que con el fin del franquismo acabaría todo la problematicidad de la convulsa historia española. Permítanme este ejercicio egotista, ejercido en el puro recuerdo: sin saberlo del todo, gracias a los libros y a maestros como Manuel Barrios, pude mirar lejos, apuntando al horizonte trazado por Américo Castro, Juan Goytisolo o Francisco Márquez Villanueva. La cuestión morisca había dado lugar a la primera y quizás más trascendental “guerra granadina”, suceso particular de ámbito regional, pero de connotaciones y trascendencia universales. Todo ese mundo de sufrimientos, de seres perdidos y sin*

*retorno, me pareció siempre tan fascinante, que alimentó mi ulterior vocación antropológica a buen seguro.*

*Tarea difícil, pues, la de prologar a quién fue maestro tuyo, y que ahora tras una extensa obra da a las prensas otra más, nada menor (contra su propia opinión) por la problemática misma que aborda, y por la soltura y buen juicio con que lo hace: la novela llamada “histórica”, y más en particular aquella que concierne a uno de sus más queridos temas: los Plomos del Sacromonte.*

*Soy de aquellos –minoría, ciertamente– a los que la novela histórica nos provoca incluso espanto. Nada de elogios –como hizo Carlos García Gual– y ni siquiera de análisis –como procuró hacer el ideólogo marxista Georg Lukács–. Simplemente, si lo prefieren ustedes, lo ejemplificaré con una vividura: nunca pude terminar de leer Ivanhoe, la obra maestra del iniciador del género, Walter Scott. No digo ya de la novelística actual, que conoce una eclosión en España, que no posee correspondencia con la menor aceptación en otros países. Acaso la novela histórica me ha parecido siempre buena como soporte para construir argumentos cinematográficos, que recreados en la gran pantalla adquieren otra connotación dramática más lograda. En ese sentido, a través de cine creo que la novela histórica logra mutarse en novela de aventuras, que sí es un género de entretenimiento loable en mi opinión, y que admite la historia, combinada con una acción elemental y también unas buenas dosis de exotismo.*

*Lo cierto es que Manuel Barrios, que está dotado de una envidiable pluma literaria, es muy generoso con la literatura moderna de tema sacromontano al analizarla críticamente con elegancia y sin faltar al respeto autorial. Para él se trata de hacer buena novelística histórica, y no tanto, como en mi caso, de tirar por la borda al subgénero en su conjunto. Esto dice mucho de su generosidad y muy poco de la mía, manteniéndome fiel discípulo del maestro en materia histórico-moderna; y ambos, mutuos colaboradores en aventuras editoriales de algún alcance.*

*Ahora que el premio Nobel de Literatura! le ha sido concedido, en este año 2015, a una escritora, la biolerrusa Svetlana Alexiévich, que no hace ficción literaria sino que registra y narra la realidad tal cual,*

## PRÓLOGO

*bebiendo en sus fuentes etnográficas, sin menoscabo de la narratividad y del estilo pulcro, bueno será recordar la relación entre la verdad histórica y la ficción literaria. Entre una y otra media la cuestión peliaguda del “ingenio” para los literatos y de la “imaginación” para los historiadores. Ambos parecen haber desterrado de sus vidas en los tiempos modernos esas dos nociones claves para culminar social y escrituralmente la obra. La falta de ingenio para capturar la realidad cotidiana en su magia por parte de una parte importante de los literatos los ha llevado al campo de la historia, convirtiéndose en “divulgadores” ante un supuesto “gran público”, situándose más allá de los “especialistas”, entendidos estos últimos como monjes en su claustro sin importarles para nada la recepción de la obra puesta entre manos, ya que trabajarían para sí mismos y en los casos más trascendentes para el “tiempo histórico”. De otro lado, los historiadores de hoy, incluso en su afán de cientificidad, de equipararse a las ciencias “duras”, habrían prescindido de cualquier atisbo de imaginación, a fuer de darle la última palabra, en lo tocante a auctoritas, a las fuentes, sobre todo, a las archivísticas. El “mal del archivo”, como llamó a síndrome parecido Jacques Derrida, los tendría bloqueados, incapaces de encontrar el origen, nudo y desenlace de la historia. Esta pobreza de espíritu, compartida aunque con motivos en apariencia diferentes, ha dejado huérfanos, si no de público, sí de logros, a buena parte de los literatos e historiadores al uso.*

*La historia como drama y arma la podemos ver, entre otros muchos, en Jules Michelet; la literatura como registro histórico, en Émile Zola, por remitirnos solo a una época y un país determinado. Pero Francia juega con ventaja: el género novelístico contemporáneo surgió antes que en España, e incluso siempre nos superó en el de ciencia ficción y en el de aventuras, hasta el día de hoy. España, atada a cánones antiguos, se atascó en el siglo XIX. Tampoco tuvimos un Michelet de la historia. La historiografía española, en el intento de querer depurar la verdad del cronicón, no logró completar una narración histórica consensual. No creo que sea tirar piedras gratuitas contra nuestro propio tejado. Es una evidencia. A mí me resulta tan obvio como cuando alguien quiere poner la zarzuela a la altura de la ópera. El orgullo patrio herido*

*lleva a decir disparates. Hay que diagnosticar la realidad para salir del atolladero. Hay que mirar, y mucho, a Cervantes y su tiempo, para podernos dar cuenta de las razones de la grandeza del autor del Quijote y de la subsiguiente podredumbre literaria que vino después, sobre todo en el siglo XVIII y primera mitad del XIX. Falta, por tanto, ingenio e imaginación, repartida a partes iguales entre literatos e historiadores. Por esa razón, creo entender, ha tenido tanto éxito editorial el género híbrido de la novela histórica en la España de hoy, resultando tan poco gratificante a la larga.*

*Quizás la única obra ambientada en la Granada de las postrimerías que haya conseguido el favor de la crítica y del público internacionales sea León el Africano de Amin Maalouf, que logró dar verosimilitud —ese vocablo que nos pone ante una categoría hermenéutica que suplanta a la voluntad de verdad— al granadino-fesí, al servicio ya de Roma, ya del imperio jerifiano, que fue Hazzan al-Wazzan. Las demás, hechas por autóctonos o por foráneos, no han dejado de ser incursiones en estilo propio de quien conoce el oficio literario empleando para su tramoya figuras y laberintos menores.*

*Pero siempre hay excepciones en otros órdenes: si hubiese que recurrir a un ejemplo de novela ambientada en la Historia, aunque no catalogable propiamente de “histórica”, habría que ir a El nombre de la rosa de Umberto Eco. Creemos encontrar la razón de dicho éxito literario, y no solo de público, en el perfecto conocimiento de los códigos semiológicos de la época que trata por la previa investigación doctoral de Eco sobre santo Tomás (libro este último del que no vendió más de quinientos ejemplares a lo largo de muchos años). Había intimidad, en consecuencia, con la problemática, al igual que Gustave Flaubert con el Cartago de Salambó. Para Manuel Barrios, la de Juan Guerrero Zamora, El Libro Mudo, es la que más se aproxima a la buena novela histórica, según la preceptiva que tan cuidadosamente ha trazado en el estudio previo, y con voluntad didáctica (advertida desde el preliminar mismo) que agradecemos.*

*Manuel Barrios que ha hecho fundamentalmente buena historia —de esa que es gustosa de leer bajo el fuego tibio del hogar, como diría*

*Gaston Bachelard— sobre moriscos y aspectos circundantes del estilo de los Libros plúmbeos, con verdadera inclinación literaria y de polemista, hace bien en abordar el tema y haberlo escogido para discurso de toma posesión en la Academia Andaluza de Historia, una joven institución que no debería repetir los vicios de la viejas y adormecidas academias, generando debates como el que ha introducido mi querido amigo. Problematicidad a la cual él ha deseado que yo dé inmerecido prólogo, echando más leña al fuego de la que debiera para comenzar en buena lógica.*

*Para finalizar, no me resisto a contar una anécdota que relató el maestro de historiadores orales Ronald Fraser en una entrevista que le hicimos en la Facultad de Letras de Granada. Nos dio cuenta de que su primera vocación fue la novelística. En su tierna juventud publicó un libro que él mismo calificó de “muy malo”. Descorazonado, un buen día encontró su verdadera vocación, aquella que consistía en contar con fidelidad la vida real de los demás. Entonces comenzó a preguntar a los protagonistas de la Guerra Civil española, cosa tan elemental que no había hecho nadie hasta entonces. Sus relatos posteriores “parecen” auténticas novelas, y se leen con la misma pasión. Hace unos días una alumna incrédula me espetó: “Profesor, eso que usted dice que es etnografía en su artículo me parece falso; creo que sus protagonistas son irreales; su relato tiene valor literario pero no científico”. Lo tomé como un halago: yo sé que lo relatado es cierto, pero parece que no lo es, lo cual interpreto como un logro. Así es la historia de la escritura, y la escritura de la historia. No se trataría, como quería Jorge Semprún de optar entre la “escritura o la vida” sino de escribir/escriturar la vida misma.*

*En definitiva, espero, con esta gavilla de ideas sueltas, no haber faltado al respeto a mi querido amigo Manuel Barrios Aguilera, catedrático y académico reconocido, ni haber traicionado las suyas propias con elucubraciones fuera de tiesto. Señalaré para finalizar que la principal virtud de Manuel Barrios en este libro, de las muchas que atesora en su reducido volumen, es la valentía para penetrar en un terreno escabroso, que nos permite abrir un debate que trasciende a*



## PRÓLOGO

*los Plomos del Sacromonte y nos sitúa en el campo de los “falsarios de novela”, ambiguo título, de variadas lecturas, que me encanta por su calculada elección. Aciertos a sumar a las constantes de su magisterio, tanto en el aula como en la escritura: agudeza crítica, precisión conceptual, erudición generosa y buen pulso expositivo.*

José Antonio González Alcantud  
Catedrático de Antropología Social  
Universidad de Granada

## PRELIMINAR

Comienzo con una advertencia, que implica una extraña paradoja. La que sigue dista de ser una propuesta académica al uso; por el contrario, es todo lo antiacadémica (antiacadémicista, será mejor decir) posible, pues voy a proponer (más bien, reiterar) ideas y transitar caminos que la profesión (*lege* los profesionales universitarios, los que oficialmente hacen la “historia de los historiadores”) desestima de hecho: como lo que en otros lugares hemos denominado “la divulgación como compromiso social del historiador” o la problemática novela-histórica/historia-novelada como cuestión que también atañe al historiador. El protagonismo de la literatura, bien claro desde el título, abunda en el riesgo de este minúsculo empeño. Nada tiene de gratuito ni de ocurrencia poco meditada andar por estos pagos, disciplinariamente fronterizos, un tanto incómodos a la historiografía “oficial”. En foros diversos he dejado muestras de lo que es una preocupación recurrente. No satisfará a los escritores de ficción, pues acaso el grado de exigencia “científica” e impericia del historiador metido a “crítico literario” pueda parecer impertinencia. Bueno, para ser más exactos, histórico/literario, por ese orden, pues el referente principal de la valoración, por mucho que intente lo contrario, es el histórico.

Las consideraciones que forman el capítulo primero, algunas de ellas metodológicas –ni por asomo se me ocurre hablar de teoría–, no van más allá del establecimiento de un marco preceptivo en el que valorar/explicar las novelas que se han escrito sobre la materia falsaria de Granada, las que, en defini-

tiva, centran y justifican el trabajo. Son, en frase afortunada de Robin Lefere, un “mapa de orientación”, elemental por demás. En estas reflexiones predominan inevitablemente las referencias a autoridades –me complazco en ellas– en la plural materia implicada, pero también se incluye alguna pequeña vivencia o experiencia personal, acaso más discutible para algunos, pero que entiendo legítima. No se ignore que, además de la larga experiencia docente e investigadora propia de mi dedicación profesional, durante tres lustros he sido director de la Editorial Universidad de Granada, y esa es circunstancia nada baladí; es de las que imprimen carácter. La utilización inmoderada de la primera persona a lo largo de toda la exposición es la demostración palpable de que a cierta edad todo es memoria. Pero, también, la evidencia de que no me he conformado con predicar sino que algo he hecho de lo que predico.

El origen inmediato de este pequeño libro es el discurso de ingreso en la Academia Andaluza de la Historia, habido el día 9 de noviembre de 2015, en el Colegio Mayor San Bartolomé y Santiago, de la Universidad de Granada, con la contestación, inteligente y benévola, en consonancia con la ocasión, del académico numerario José Calvo Poyato, historiador y novelista. La acogida del público y el ánimo de los más próximos me han llevado a dar este paso, a publicar este pequeño libro. Pero el compromiso venía de muy atrás. Cuando en clase hablaba de estas cosas, historia y literatura (o historia y cine), observaba que el interés de los alumnos subía sensiblemente: preguntaban, opinaban, debatían... Solo podía dedicarle pequeños incisos al hilo de las lecciones del programa; estaba vedado ir muy lejos; el programa imponía su ley. Me prometí muchas veces escribir sobre estas cuestiones de una forma sistemática; fui dejando pequeñas muestras aquí y allá. Era casi una fijación. Cuento una anécdota: al terminar uno de los cursos, un alumno destacado subió a mi despacho a preguntarme qué libros le recomendaba para el verano. No tuve que pensarlo mucho: le dije que *Guerra y*

*Paz, Los novios* y al menos las dos primeras series de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós (y que no dejara de ver la película *El gatopardo*, de Luchino Visconti). Noté por un momento su desconcierto; es claro que esperaba autoridades en la materia de la asignatura. No dijo nada; tomó nota y se marchó. Sé que los leyó...; y que en adelante leería muchas más de esas grandes novelas históricas que abren horizontes y enseñan a pensar y a escribir. Y también a entender la historia... Lo repetí muchas veces. Aunque privativo de los mejores, me vienen a la cabeza las palabras del historiador francés Marc Ferro, bien que referidas al cineasta Sergei M. Eisenstein y su *El acorazado Potemkin*: “Milagro del genio creativo: con hechos imaginarios, hace que la historia resulte inteligible, lo que plantea el problema de la ficción como el modo más penetrante de la investigación histórica”. Justo Serna, historiador contemporaneísta, es muy explícito cuando, glosando a su colega Isabel Burdiel, afirma: “[...] hay novelas sin fecha de caducidad, sin deterioro evidente, y cuya vigencia es tal que forman parte de nuestro sentido común, o mejor, cuya duración es tal que nuestras preguntas continuas y básicas tienen cabida en sus páginas a pesar de distanciarnos décadas o, incluso, siglos”. Etcétera.

Esta pequeña aventura editorial quizás me llega un poco tarde; me hubiera gustado más extensa, más ambiciosa, más matizada, y menos sujeta a un tema tan específico. Pero no es malo el momento, y tiene sentido: el ciclo falsario (es decir, las falsificaciones de los siglos XVI y XVIII y el tiempo intermedio de más de siglo y medio, entendido todo como un proceso histórico sin solución de continuidad), resumido en el capítulo II del estudio, ha sido la ocupación investigadora de mi última etapa; las novelas sobre las falsificaciones, la ocasión. Tiene el atractivo añadido de lo inhabitual. Salta a la vista el enfoque decididamente didáctico de este pequeño libro: impone la vía del ejemplo, aun el personal; la vivencia, sobre la tentación teórica. Seguramente una buena opción en tanto que freno a

la dispersión: al fin y al cabo, sobre la problemática historia/novela-histórica hay muchos y buenos trabajos, escritos en su mayoría, es verdad, por especialistas en historia de la literatura y crítica literaria.

Los dos primeros apéndices, es decir, la guía bibliográfica y el pequeño florilegio de textos abundan en esa opción didáctica y, en cierta medida, instrumental. Ojalá coadyuven a la siembra. La entrevista (periodística) con que se cierra el volumen, apéndice III, a modo de coda, pretende ofrecer una visión ágil (virtud de quien pregunta) y de vocación sintética de la praxis historiográfica de quien esto firma, y seguramente coadyuvará a la aprehensión de las raíces y motivaciones de sus planteamientos en las temáticas tratadas: divulgación, novela histórica, historia novelada..., y a la justificación/explicación de los criterios valorativos aplicados a las novelas del ciclo falsario (que forman el capítulo III).

\* \* \*

Mi reconocimiento y gratitud a los profesores Mercedes García-Arenal, Manuel Titos Martínez y José Ignacio Fernández Dougnac que han leído diversas versiones del escrito, y, aunque no compartieran necesariamente mis planteamientos, han contribuido con sus sugerencias a la mejora de la publicación. Asimismo, a José Antonio González Alcantud, antropólogo diligente, y siempre amigo, por aceptar escribir un prólogo sobre materia tan peculiar. Y, por supuesto, a José Antonio García Sánchez, Murciano, director técnico de la Editorial Universidad de Granada, por su ayuda en encauzar editorialmente lo que aún era un simple apunte (apenas un discurso académico), y a la directora de la Editorial, Maribel Cabrera, por su generosa comprensión y amable acogida una vez más.

Manuel Barrios Aguilera  
Granada-El Serrallo, otoño de 2015

# ESTUDIO

## CAPÍTULO PRIMERO

### CONSIDERACIONES SOBRE LA RELACIÓN DE LA HISTORIA CON LA NOVELA HISTÓRICA

“El contacto con el gran público es deseable. La historia no gana nada al ser escrita únicamente para profesionales: el historiador no gana nada escribiendo únicamente para sus colegas y sus alumnos. A partir del momento en el que se estima que la historia debe servir para una comprensión lúcida del presente, es necesario expandir su saber lo más ampliamente posible utilizando los medios: las ediciones, la televisión, el cine. Con la condición de evitar toda complacencia. Permanecer en un nivel de discurso que conserve la nobleza del saber histórico, es decir, su complejidad, es hacerle un honor a su público. Y este no huye frente a esta dificultades [...] el historiador no debe dudar en darle al gran público lo mejor de su ciencia, a pesar de que el discurso sea arduo”.

Extracto de entrevista de Georges Duby  
con J.-J. Brochier y M. Pierre